

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Nos concentramos en el Dólar puesto que los EE.UU., como la sociedad más despilfarradora del mundo, está claramente ganando la carrera por destruir su moneda. Sin embargo, los verdaderos culpables no son los EE.UU. ni sus ciudadanos, sino el concepto de dinero fiat. Desligar la moneda de una nación de todo tipo de respaldo real, como el oro, y darle a los banqueros una imprenta de billetes sin límites es, como muestra la experiencia, un camino seguro hacia el aumento desmesurado de la deuda, la inflación y, tarde o temprano, el colapso de la moneda y la destrucción de los ahorros de una generación entera.

Visto así, el experimento de Europa con una moneda fiat está tan abocado a la destrucción como el Dólar. La creación de un mercado común en el que todos los países utilizan una sola moneda, pero en el cual el Banco Central Europeo no tiene ningún límite a la cantidad de dinero y crédito que puede crear, Europa sufrirá décadas de turbulencias durante las cuales los países más débiles económicamente, como Grecia o Portugal, se hundirán bajo la rigidez monetaria de sus vecinos del norte y necesitarán ser rescatados para sobrevivir. En el momento de escribir esto, en julio de 2012, el contagio ya ha llegado a los países «demasiado grandes para caer» como España e Italia, y el Banco Central Europeo ha recortado los tipos de interés y ha aumentado sus esfuerzos de creación de dinero para salvar la unión monetaria. Esto llevará a una crisis monetaria como la de los EE.UU., aunque quizás veamos la desintegración de la unión antes de llegar a eso, con la salida de los países más débiles que volverán a sus antiguas monedas y las devaluarán dramáticamente.

En cualquiera de los dos casos, los bancos centrales de la eurozona se verán forzados a crear cantidades ingentes de crédito para retrasar el día del juicio que se avecina. Los bonos denominados en euros serán por lo

tanto una inversión nefasta, casi tan mala como los bonos del Tesoro de los EE.UU., y los niveles de vida Europeos se desplomarán (y si Grecia, España o algún otro país de la periferia abandonan el Euro, su nueva moneda valdrá menos que el papel sobre el que se imprime). Este es el destino inevitable de todas las sociedades que escogen el dinero fiat.

EL EURO NO ES EL DEUTSCHMARK

Una de las supuestas fortalezas del Euro era la gran influencia que tendría la política del Bundesbank que, tras la muy educativa experiencia alemana con la hiperinflación en los años 1920, sería un fiel guardián de la estabilidad del Euro.

Sin embargo, en los últimos años el BCE no se ha comportado con la prudencia que caracterizaba al Bundesbank en su manejo del Deutschmark. Las compras de deuda soberana para evitar quiebras en Grecia, Portugal, España e Italia han dejado muy claro que el BCE está en manos de los políticos y que su independencia es ficticia.

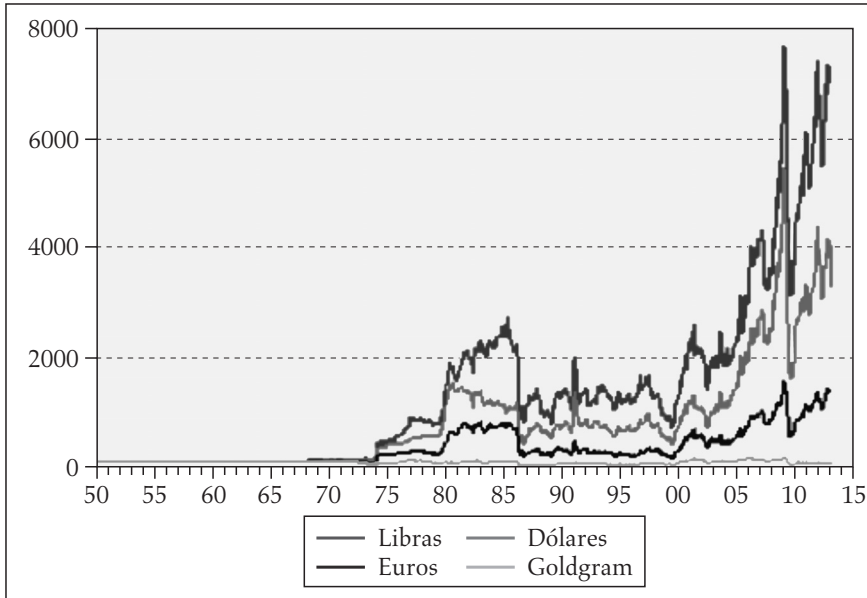
Los siguientes dos gráficos ilustran bien este punto. El primero muestra lo bien que mantuvo el Deutschmark su poder adquisitivo, medido en barriles de petróleo. Desde 1950 hasta el año 2000, cuando se introdujo el Euro, el valor del D-Mark se asemeja mucho al del oro, es decir compraba casi la misma cantidad de petróleo al principio que al final.

El segundo gráfico cubre la última década, y muestra claramente la inflación que ha sufrido el Euro. Desde 2009 sólo ha sido ligeramente mejor que las otras dos grandes monedas.

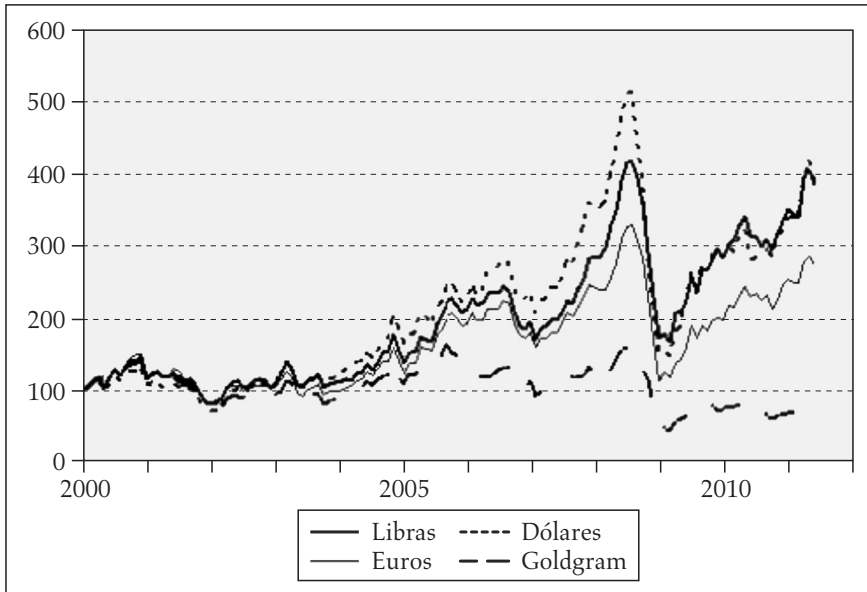
EL ORO EN EUROS SE VUELVE PARABÓLICO

Otra forma de valorar la estabilidad de una moneda es medirla mediante su precio en oro, el dinero escogido por la humanidad desde los inicios de la historia conocida. Si una moneda mantiene su valor frente al oro, puede verdaderamente llamarse sólida. Si no, entonces pertenece a la amplia categoría de monedas cuyo valor está siendo destruido por sus gobiernos.

PRECIOS DEL PETRÓLEO (BASE 100)
Desde enero de 1950 hasta junio de 2012

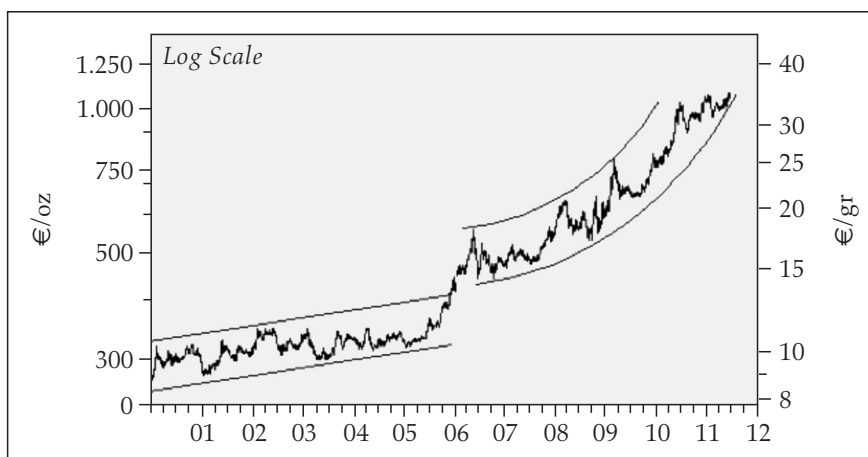


PRECIOS DEL PETRÓLEO (BASE 100)
Desde enero de 2000 hasta mayo de 2011



¿A qué categoría pertenece el Euro? Según vemos en el siguiente gráfico, claramente no es más que otra moneda fiat cuyo valor se está evaporando. La trayectoria del precio del oro en Euros está alcanzando un movimiento parabólico, lo cual no es más que otra forma de decir que el valor del Euro se hunde a un ritmo cada vez más rápido.

**PRECIO ORO SPOT NY (EN EUROS) A PRECIO CERRADO DIARIO
Desde el 3 de enero de 2000 hasta el 3 de junio de 2011**



Fuente: GoldMoney.com

Por desgracia esto no es más que el comienzo. Las condiciones relativamente generosas del rescate a Grecia, Irlanda y Portugal muy pronto serán reclamadas por otros países insolventes de la zona Euro. La presión sobre el BCE para que pague estos rescates se volverá irresistible, como siempre pasa con los bancos centrales que gestionan monedas fiduciarias. Se generará una auténtica montaña de deuda y en este proceso se creará dinero de forma masiva para financiarla, y así el Euro seguirá a la Libra y el Dólar por la resbaladiza pendiente que lleva al abismo.

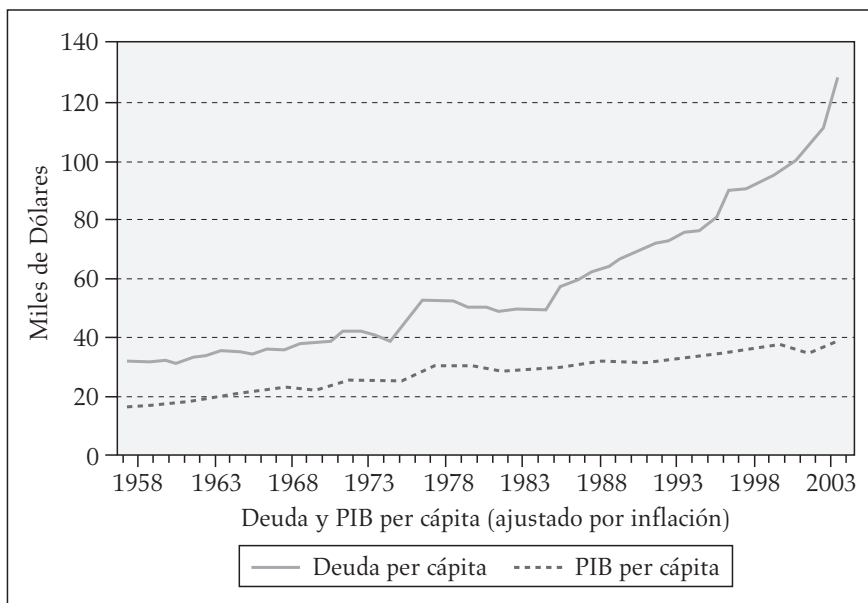
PREFACIO

A LA SEGUNDA EDICIÓN AMERICANA

Algunos libros se vuelven obsoletos tan pronto como son lanzados. Esa era nuestra principal preocupación en el año 2004 cuando estábamos escribiendo este: no que estuviéramos equivocados, sino que los acontecimientos se dieran de manera tan rápida que los lectores no pudieran prepararse a tiempo para el diluvio. Visto en retrospectiva, no deberíamos habernos preocupado. En efecto, el dólar norteamericano está bajo y el oro está alto, y a los inversores que han seguido los consejos propuestos aquí les ha ido muy bien. Pero la crisis mundial de divisas se ha desarrollado a un paso más tranquilo del que se suponía probable en aquellos días, dándole a los lectores aun ahora —especialmente ahora— mucho tiempo para salirse, frente a lo que promete ser uno de los grandes reajustes económicos de la modernidad: el fin de la era del dinero fiduciario.

La mayoría de los puntos que hemos planteado hace dos años no solo siguen aún vigentes, sino que cobran mayor importancia cada día. Prácticamente todas las tendencias que indicaban una crisis financiera épica han continuado, llevando los titánicos desequilibrios globales existentes a niveles todavía más extremos. Tomemos la deuda de los Estados Unidos, que la edición de este libro del año 2004 ilustraba con el gráfico de la página siguiente. Nótese que, hasta los años 80, la deuda y el PIB crecían casi conjuntamente, lo que implicaba que el crecimiento económico era consistente con el nuevo endeudamiento. Los Estados Unidos eran, en ese momento, una sociedad productiva que vivía dentro de sus posibilidades. Pero desde la década del 80, nuevas cantidades de deuda fueron necesitándose progresivamente para producir una cierta cantidad de nueva riqueza, y para el año 2003, el gráfico se ha convertido en el retrato de un pueblo dirigido al precipicio, viviendo muy por encima de sus posibilidades y tomando prestado para solventar la diferencia.

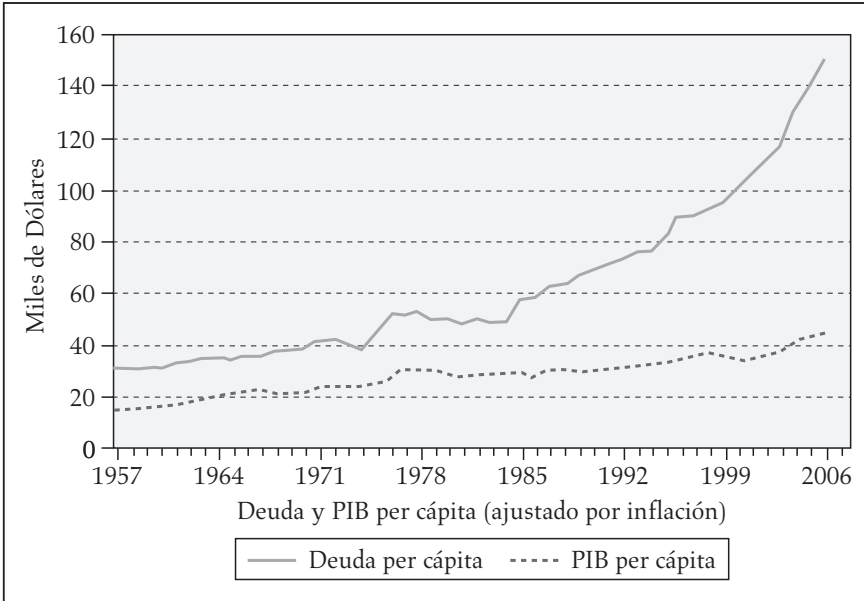
EL COLAPSO DEL DÓLAR Y CÓMO SALIR GANANDO



Fuente: Reserva Federal.

En los tres años siguientes, en lugar de reconocer los riesgos que estaban corriéndose y corregir el rumbo, Estados Unidos aceleró el ritmo, endeudándose más que nunca. Aunque el próximo gráfico actualizado se parezca, a primera vista, a la versión anterior, debe notarse cómo ha cambiado la escala. La deuda per cápita creció desde el monto sin precedentes de 130.000 dólares, a uno completamente inmanejable de 150.000 dólares, o 600.000 dólares por familia de cuatro.

La misma inclinación es prácticamente evidente en casi todas las tendencias que apuntaremos en el 2004. El déficit comercial es mayor, la oferta monetaria está creciendo más rápido, los derivados exóticos en el balance se han duplicado, y el coste de la guerra con Irak y otros compromisos foráneos están disparándose. Y el mundo no se queda atrás. En el año 2006 pinchó la burbuja inmobiliaria. En el año 2007 el mercado de deuda titulizada explotó. Y mientras esto se escribe en noviembre de 2007, el dólar ha caído a mínimos récord contra las otras monedas, mientras que el oro, un tipo de dinero que no puede crearse en las imprentas del gobierno, está poniendo a prueba su máximo histórico de 1980. En respuesta, los socios



Fuente: Reserva Federal.

comerciales de Estados Unidos están buscando activamente «diversificar» sus reservas extranjeras fuera del dólar.

El escenario está listo, en breve, no para una bajada aún mayor del valor del dólar, sino para su colapso. Lo que significa que el desconcierto —y las oportunidades de negocio— de los años precedentes fueron solo una muestra de lo que está por venir. Pero no es solo el dólar el que se encamina hacia el basurero de la historia. El verdadero problema no es la mala administración de la economía norteamericana, sino todo el concepto de dinero fiduciario —o dinero *fiat*—. Dicho sencillamente, cuando los políticos tienen la capacidad de comprar votos mediante la impresión de dinero, lo hacen. Esta falta de disciplina monetaria lleva a una sobreabundancia de moneda que causa que su valor caiga hasta que todos sus ciudadanos pierden por completo la confianza en ella. En el pasado, esto le ha ocurrido a un país a la vez, pero hoy está sucediendo en todos lados, con la moneda dominante en el mundo, el dólar, a la cabeza. El resultado inevitable serán unos años tumultuosos en los que el mundo descubrirá que el dinero *fiat* —es decir, monedas creadas y controladas por los gobiernos sin disciplina externa

impuesta a la impresora— es inherentemente defectuoso, y lo abandonará en masa. Aún no es tan tarde para beneficiarse de la venidera crisis financiera. De hecho, el viaje no ha hecho más que comenzar.

Acercas de esta edición: mientras este libro se actualiza en noviembre de 2007, los mercados financieros son presa de una crisis de crédito que empezó con la explosión del mercado de hipotecas *subprime* y está expandiéndose prácticamente a todos los rincones de la economía mundial. La vasta comunidad de especulación financiera apalancada, que devino en ama del mundo financiero, ha descubierto que los bonos respaldados por activos y otros instrumentos exóticos que dependían de las deudas hipotecarias, o la solvencia de los bancos, o la estabilidad de los tipos de cambio, valen ahora mucho menos de lo que se pensaba originalmente. Y las instituciones que estaban apalancadas hasta el cuello para comprar estos instrumentos han comenzado a sufrir las consecuencias. Las inmensas pérdidas de las hipotecas *subprime* y otros activos poco fiables que los bancos y otros han venido reportando en estos meses son heraldos de problemas mucho peores por venir.

Dado que lo que se viene es predecible en términos generales (el dólar y las demás monedas fiduciarias caerán espectacularmente) pero no en términos específicos, hemos elegido dejar el análisis de «brocha gorda» de este libro mayormente en su forma original, simplemente actualizando algunos de los números del 2003 con aquellos del 2006 y del 2007 que los sucedieron. Para una crónica actualizada de la crisis financiera, completa, con nombres, fechas, y análisis, por favor visite nuestro sitio web: <www.goldmoney.com> y <www.dollarcollapse.com>.

30 de noviembre de 2007

PREFACIO

Al escribir este libro, hemos tomado algunas decisiones que requieren una explicación.

Dado que tener una noción de dónde han estado el dólar y el oro es crucial para entender hacia dónde se dirigen, hemos abordado algunos importantes hitos de la historia monetaria. Pero hacer justicia a tan vasta disciplina no es el objetivo de este libro. De modo que hemos aludido a muchas cuestiones sin explicarlas adecuadamente (despachando la debacle monetaria de la Revolución Francesa en unos pocos párrafos, por ejemplo). Por esta falta de profundidad pedimos disculpas por adelantado. Pero para ayudar a aquellos lectores que desean aprender más, hemos hecho una lista con los trabajos más importantes en este campo en el capítulo 22: «Buena información», que comienza en la página 239.

En algunos aspectos actuales del oro y el dólar, nos enfrentamos con un conflicto de interés, dado que James no es solo un autor, sino un participante. Así pues, en los capítulos relevantes, hemos abandonado el literal «nosotros» en favor de «James» en tercera persona.

Ocasionalmente, al estructurar el argumento del colapso del dólar, nos hemos encontrado con algunas cuestiones que, si bien no son estrictamente necesarias para el argumento y, a veces, son un tanto técnicas, sí son de ayuda para entender el estado actual de cosas. Ergo incluimos algunos de estos temas como notas al margen.

Y en dos ocasiones hemos utilizado expresiones menos corrientes pero que creemos que son mejores para presentar cierto tipo de información. Ellas son:

El tipo de cambio del oro: en general, cuando se menciona el oro en los medios, la gente se refiere a su «precio». Esto es incorrecto porque el oro no es una materia prima como el petróleo o los huevos. El oro es dinero. Un

viejo proverbio chino reza que la sabiduría comienza por llamar a las cosas por su verdadero nombre. Y dado que no hablamos del «precio» del euro, o del yen, sino que discutimos los tipos de cambio, en este libro tratamos al oro de la misma forma, de manera que diremos: «El 31 de diciembre el tipo de cambio del oro era de 410 dólares la onza».

Onzas *versus* gramos: en los Estados Unidos la medida más familiar del oro es la onza troy. Pero esta convención es un legado histórico del Imperio Británico, en el que el oro y el patrón oro cumplían papeles centrales. Como dice el historiador británico Niall Ferguson: «El Imperio Británico lleva muerto mucho tiempo, solo quedan restos y desechos». Y uno de estos restos, creemos, es el hábito norteamericano de expresar el peso del oro en términos de onzas troy. En estos días la mayor parte del mundo, incluso el Reino Unido, adopta el sistema métrico, en que el peso del oro se expresa usando el gramo, que es aproximadamente $\frac{1}{31}$ de onza (31,1034 gramos por onza troy, para ser exactos). Por lo tanto, mientras nos quedamos con onzas para evitar confusiones, también brindamos las magnitudes equivalentes en «gramos de oro», en la forma: «400 dólares por onza (12,86 dólares por gramo de oro)».

INTRODUCCIÓN

Este libro, como su título indica, prevé cambios dramáticos en el sistema financiero global, así como en las vidas de la gente común. Dado que lo que analizamos aquí no es lo que se escucha a diario en los programas de noticias, o lo que puede leerse en los diarios —al menos hasta el 2007— esperamos que se nos haga (una y otra vez) una pregunta muy sensata y muy natural: «¿Por qué, si este panorama negro es tan obvio como se dice, ningún economista en Harvard ni ningún asesor presidencial lo entiende?».

Brindaremos dos respuestas desde el comienzo: en primer lugar, como grupo, rara vez los políticos y los líderes intelectuales reconocen los grandes puntos de inflexión antes de que sucedan. El eminente profesor de la Universidad de Yale Irving Fisher habló por la mayoría de sus contemporáneos cuando en 1929 —poco antes de la crisis— proclamó que las acciones seguirían permanentemente al alza. En 1971, después de que el presidente Nixon abandonara el patrón oro, la mayoría de los políticos en Washington esperaba un abrupto descenso del oro; en lugar de eso, el oro se disparó desde 35 dólares la onza (1,12 dólares por gramo de oro) hasta 850 dólares (27,33 por gramo de oro) hacia el final de la década. La revista *Business Week* estaba ciertamente en la corriente dominante cuando en 1979 publicaba la «Muerte de las Acciones» en su portada —poco antes del comienzo de uno de los mercados alcistas más largos de la historia—. La mayoría de los economistas y los políticos no pudieron predecir la crisis del dólar de la década de los 70, la debacle de los bonos basura de finales de los años 80, ni el colapso de las «punto.com» de fines de los 90, sin importar lo obvios que parezcan en retrospectiva.

No deberíamos esperar que nuestros líderes o nuestros formadores de opinión «lo entiendan», porque casi nunca lo hacen.

La segunda respuesta (más importante, porque explica por qué la corriente principal no ve venir las crisis financieras) es que el pensamiento

financiero y económico convencional opera bajo algunos peligrosos errores de concepto. Entre ellos:

La deuda no importa. En todos los niveles de la sociedad norteamericana, desde los gobernadores de la Reserva Federal, pasando por los economistas de Wall Street y llegando al el ciudadano medio, se ha difundido la idea de que, como hemos estado tomando prestadas cantidades crecientes de dinero durante décadas y todavía estamos de pie, la deuda no es un problema realmente y, de hecho, es algo bueno. Un déficit de 500 mil millones de dólares previene la recesión. Los propietarios que consumen el valor líquido de su vivienda impulsan el consumo. Un déficit comercial que inunda el mundo de dólares mantiene las economías asiáticas y europeas en movimiento, y en cualquier caso los socios comerciales de los Estados Unidos aman tener todos esos dólares para poder comprar acciones norteamericanas y bonos.

Puede confiarse en los gobiernos para manejar la moneda de un país. Está bien que la oferta —y, por ende, el valor— del dólar, el yen, el euro, dependa de la buena voluntad y la aptitud de los políticos y los funcionarios que estos eligen. Cuando vengan los problemas, los bancos centrales del mundo —con un poco de ayuda de los tipos de cambio flotantes— harán los ajustes necesarios. Después de todo, están haciendo un gran trabajo con una tarea difícil.

La economía de los Estados Unidos opera independientemente en el mercado de cambio de divisas. Estados Unidos es tan eficiente, y domina el mundo de tantas formas, que tanto el mundo financiero como el mundo comercial pueden prosperar cuando el dólar cae con respecto al oro y a otras monedas de importancia.

Referirse al oro es un anacronismo sin un papel constructivo en la economía moderna. De hecho, dado que tiende a subir cuando la moneda nacional está débil, el oro es realmente molesto, ya que distrae al gobierno y no le permite realizar su trabajo de fomentar el crecimiento y el pleno empleo. Es mejor por lo tanto, pensar en el oro para joyería y nada más.

INTRODUCCIÓN

No hace falta preocuparse si lo anterior suena completamente razonable, porque, como hemos mencionado, estas son las creencias centrales de la mayoría de los políticos en Washington y de la mayoría de los gestores de carteras en Wall Street, y su pensamiento determina aquello que nos cuentan al resto. De aquí que el crecimiento económico, la creación de empleo y los precios de las acciones dominen los telediarios, mientras que el endeudamiento que implica generar el crecimiento de hoy (6 dólares por cada dólar de nueva riqueza que se crea) sea ignorado, así como el monto de deuda que acarreamos como sociedad (más de 600.000 dólares por familia de cuatro). También comúnmente se pasa por encima el hecho de que gobiernos extranjeros y otros inversores estén en posesión de una cantidad de dólares suficiente para causar un daño mayúsculo a la economía norteamericana si así lo desearan.

No siempre ha sido así, por supuesto. Los cuatro primeros presidentes, así como los demás autores de la Constitución, considerarían totalmente inaceptable la sabiduría convencional de nuestros días. Después de ser testigos del colapso de muchas monedas fiat y luchar con la deuda amasada durante la Guerra de Secesión, ellos diseñaron la recién creada unión de manera de evitar que se convierta en lo que los Estados Unidos se han convertido —un país en que el endeudamiento es una forma de vida, los poderes del gobierno aumentan año a año y los derechos de propiedad son erosionados constantemente—.

Para captar su verdadero sentido, la Constitución debe leerse como un intento de limitar los poderes del gobierno. El gobierno federal, en su concepción original, no podía erosionar los ahorros de los ciudadanos quitándole el valor a su dinero. Tampoco podía hipotecar el futuro mediante la excesiva toma de préstamos y el incentivo para que los ciudadanos procedan de la misma forma mediante programas gubernamentales y agencias creadas para tal fin. Los redactores de la Constitución, como se verá en breve, incluso prohibieron al gobierno la impresión de billetes.

Pero con el tiempo estas promesas fueron ignoradas o bien intencionalmente deshonoradas. Argumentaremos en los capítulos siguientes que la erosión de los resguardos frente al dinero «no sano» y al exceso de deuda es, por un lado, el resultado de las decisiones de los líderes anteriores y sus electores, y por el otro, desde una perspectiva histórica, inevitable. El

gobierno, aun cuando esté limitado por una constitución bien diseñada, siempre encuentra el modo de crecer, lo que requiere que en el tiempo se destruya la moneda de sus ciudadanos. El venidero colapso del dólar y la correspondiente inestabilidad financiera no son un acto azaroso de Dios o el resultado de tendencias culturales accidentales y errores políticos. Por el contrario, es una parte natural, aunque desafortunada, del ciclo de vida de toda sociedad.

Y en el caso que se detecte un mensaje político o partidario aquí, que conste en acta que a estas alturas del partido no es realmente importante si George Bush y Alan Greenspan o sus opositores políticos están al mando. Después de todo, durante los últimos siete años los republicanos, los supuestos defensores del «gobierno limitado» estuvieron al mando, y el gasto federal y el endeudamiento se han disparado. La máquina de endeudamiento e inflación monetaria parece no estar bajo el control de nadie.

Los capítulos siguientes explicarán detalladamente las consecuencias que emanan de la mala moneda y las promesas incumplidas. Entre ellas: una crisis financiera de proporciones que pocos norteamericanos puedan imaginarse, con el dólar desmoronándose y el precio de muchos bienes necesarios disparándose; un enorme traspaso de riqueza desde activos como bonos y dinero en efectivo hacia activos como petróleo u oro; y una fundamental reconsideración de todo el concepto de dinero.

No obstante, rechazamos la etiqueta de agoreros. Este libro ofrece una buena cantidad de advertencias, cierto, pero su mensaje central es optimista. Lo que está por venir es parte de un patrón recurrente en la historia de la humanidad que está en plena vigencia. Y el próximo escenario es, a grandes rasgos, predecible. El verdadero mensaje de este libro está en la segunda parte de su título: al dar los pasos correctos ahora, no solo podrá protegerse, sino beneficiarse de lo que está por venir. Nosotros le mostraremos cómo.

PARTE I

POR QUÉ COLAPSARÁ
EL DÓLAR

No hay modo más sutil ni más certero de subvertir las bases existentes de una sociedad que la corrupción de su moneda. El proceso engrana a todas las fuerzas ocultas de las leyes económicas del lado de la destrucción, y lo hace de tal forma que ni siquiera un hombre entre un millón pueda diagnosticarlo.

JOHN MAYNARD KEYNES
Las consecuencias económicas de la paz

CAPÍTULO 1

ILUSIONES DE PROSPERIDAD

Durante las dos décadas finales del siglo xx, la economía de los Estados Unidos era la envidia del mundo. Creaba 30 millones de nuevos empleos mientras que Europa y Japón no estaban creando prácticamente ninguno. Imponía su voluntad tecnológica e ideológica en regiones enormes del mercado global y generaba nuevos millonarios como una fábrica de Ford produce furgonetas. Los precios de las acciones se multiplicaron por veinte en este período, convenciendo, en el proceso, a la mayoría de los inversores de que sería así por siempre. Hacia el final, incluso el gobierno federal parecía estar bien administrado, acumulando superávits lo suficientemente grandes como para cambiar el eje del debate desde el cómo distribuir los recursos escasos hacia el cuánto tiempo llevaría eliminar la deuda pública.

Como moneda de este nuevo y pujante reino, el dólar se transformó en el medio de intercambio dominante en el mundo. Los bancos centrales extranjeros acumulaban dólares como su principal activo de reserva. Las materias primas como el petróleo se denominaban en dólares, y países emergentes como Argentina y China vincularon sus monedas al dólar con miras a conseguir una estabilidad como la norteamericana. Hacia el año 2000, se decía que había más billetes de 100 dólares en circulación en Rusia que en los Estados Unidos.

Pero al terminar el siglo, también lo hizo este extraordinario auge. Las acciones puntocom se hundieron, las Torres Gemelas cayeron, y la sensación de omnipotencia de los estadounidenses tomó el mismo camino que sus ahorros. Para finales del 2007 un millón menos de norteamericanos estaba recibiendo una nómina. El gobierno federal estaba tomando prestados 500 mil millones de dólares al año para financiar la guerra contra el terror, así como un nuevo despliegue y expansión de los programas de seguridad social. Las tasas de interés de corto plazo estaban otra vez cayendo, y

mientras la economía crecía el endeudamiento en todos los niveles de la sociedad crecía aún más rápido. Mientras tanto, el dólar se había convertido en la moneda problemática del mundo, cayendo en valor contra las otras monedas importantes, y hundiéndose frente al oro. Ahora el mundo entero está observando, rascando su cabeza colectiva, y preguntándose qué ha cambiado.

La respuesta, que irá aclarándose en los próximos capítulos, es que todo ha cambiado y nada cambió. El crecimiento espectacular de las últimas décadas, ahora resulta, era un espejismo generado por el humo y los espejos del creciente endeudamiento y la voluntad del mundo de aceptar una inundación de nuevos dólares. Tan solo la cantidad que deben los Estados Unidos ya es sorprendente. Pero aún más sorprendente es el hecho de que aún sigamos endeudándonos. Como una familia que ha mantenido su estilo de vida usando al límite unas cuantas tarjetas de crédito, Estados Unidos está en el punto en que la nueva deuda se dirige a pagar la vieja en lugar de generar nueva riqueza. De aquí los recientes años de lento crecimiento y continua pérdida de puestos de trabajo.

¿Entonces por qué decir que nada cambió? Porque los problemas de hoy son nuevos solo en términos de la historia reciente del país. Una mirada rápida a la historia del mundo nos revela que estos son tristemente familiares. Todas las grandes sociedades llegan a este momento tarde o temprano, administrando deudas insostenibles e imprimiendo (o acuñando) moneda en un intento desesperado por mantener la ilusión de prosperidad. Y todas, al final, se encuentran entre la espada y la pared: o simplemente colapsan por el propio peso de la deuda acumulada, como hicieron los Estados Unidos y Europa en los años 30, o bien siguen imprimiendo billetes hasta que la moneda se vuelve inservible y sus economías caen en el caos.

En esta ocasión, los gobiernos de todo el mundo han elegido claramente la segunda alternativa. Están bajando los tipos de interés, incrementando el gasto, y fomentando el uso de modernas técnicas de ingeniería financiera para crear un maremoto de crédito. Y la historia nos enseña que, una vez puesto en marcha, este proceso conlleva un resultado inevitable: el dinero *fiat* (es decir, controlado por el gobierno) perderá valor como nunca antes, hasta que la mayoría de nosotros lo abandone por completo. Estas son palabras fuertes, lo sabemos. Pero para cuando haya terminado con los

próximos dos capítulos, creemos que estará de acuerdo con que son, lamentablemente, muy ciertas.

Ahora bien, ¿qué significa para sus finanzas un colapso en el valor del dólar? Muchas cosas, la mayoría negativas pero algunas potencialmente muy buenas. En primer lugar, daña a la gente con ingresos fijos, porque el valor de cada dólar que reciben se hunde. Lo mismo para quienes se les debe dinero, porque se les va a pagar con dólares de menor poder adquisitivo (de aquí el desastre que está por golpear a muchos bancos). Los bonos, que son básicamente préstamos a empresas o gobiernos que prometen hacer pagos mensuales fijos y después devolver el principal, serán una pésima inversión, dado que se repagarán siempre en dólares en constante depreciación. Para las acciones y los bienes raíces, el escenario es mixto, con un dólar débil ayudando en algunos casos y haciendo daño en otros. Le guiaremos por este laberinto en el Capítulo 17.

El único ganador indiscutible es el oro. Durante los primeros 3.000 años de historia humana, el oro fue, por una variedad de razones aún válidas, el dinero escogido por la humanidad. Hasta los recientes años 70, el oro fue el ancla del sistema financiero global. Y desde que las economías mundiales cortaron los vínculos con el metal en 1971, ha actuado como una especie de dinero en la sombra, subiendo cuando el dólar está débil y cayendo cuando el dólar está fuerte. No es sorprendente que el oro languideciera durante los 80 y los 90, bajando mientras el dólar se disparaba, y siendo reemplazado por el dólar como el estándar con el cual comparar todas las cuestiones financieras. Pero esos roles están a punto de darse la vuelta una vez más. En la década venidera, mientras el dólar sufra uno de los derrumbes más grandes de la historia monetaria, el oro recobrará su posición en el centro del sistema financiero mundial, y su valor, relativo a la mayoría de las divisas nacionales, se disparará. El resultado: las monedas de oro, las acciones de empresas mineras que extraigan oro, y el dinero digital respaldado por el oro serán medios mucho mejores para preservar y/o incrementar la riqueza que los bonos, acciones o cuentas bancarias denominadas en dólares.

Esa, en resumidas cuentas, es la historia. El resto de este libro le pondrá un poco de carne al esqueleto retórico de este capítulo, pero, como los historiadores dijeron una vez sobre Aristóteles, todo lo que sigue es simple elaboración.